

TÍTULO: *El jardín de los autómatas*

AUTOR: Armando Boix

COLECCIÓN: Gran Angular

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

Cuando esta tarde el señor Bellver me ha dado un montón de cuartillas y la pluma y me ha sugerido que a partir de hoy dedique una hora diaria a escribir mis experiencias, he creído que se estaba cometiendo una injusticia conmigo y se me castigaba como a una criatura por algo que no había hecho. Pese a mis protestas, el señor Bellver ha insistido, sin concederme ninguna escapatoria. La tarea es difícil. Buena parte de esta primera hora la he pasado mirando el empapelado, mordisqueando un extremo de la pluma y arrugando un papel tras otro sin saber cómo empezar... o, mejor dicho, sin saber muy bien cómo expresarme, pues el inicio de mi historia lo tengo muy claro, aunque me duele un poco recordarlo. Por suerte, el malestar no dura mucho tiempo. Al volver a traer a mi memoria esas imágenes para encerrarlas en palabras, tengo la extraña sensación de estar hablando de otra persona, como si ese Mateo Giner al que me refiero se convirtiera en un personaje de novela y ya no fuera yo, dejando con él mis miedos. El señor Bellver dice que de este modo mejoraré mi redacción, pero pienso que sus motivos son otros en realidad, pues creo hacerlo bastante bien para mis diecisiete años. A veces, los métodos educativos del señor Bellver son un poco retorcidos, y le gusta conseguir sus objetivos no por la vía directa sino dando un rodeo.

El primero de la amarga serie de sucesos que marcaron mi adolescencia no tuvo lugar aquí, en Barcelona, sino muy lejos, en el monte Gurugú. El nombre de ese lugar, al que tendría alguna dificultad para situar en el mapa, trae a mis oídos ruidos de acero y detonadores, piafar de caballos y gritos de hombres que triunfan o mueren. Gurugú, en África, fue la tumba de mi padre.

Con el paso del tiempo tengo dificultad para recordarle en todos sus detalles. He olvidado el timbre de su voz y su olor, donde debía mezclarse la cordita y el tabaco. Era casi un niño el día de su último beso en los muelles, antes de partir con su regimiento; no obstante, he contemplado tantas veces su fotografía que en mi memoria el sepia del retrato se colorea, y veo sonreír con su casaca azul y sus pantalones rojos de oficial de infantería, atractivo y algo arrogante, fuerte pero generoso. Si no le hubiera querido por naturaleza, supongo que algo del gran amor que él me tenía habría acabado por contagiárame.

La muerte de aquel soldado en la conquista del monte Gurugú dio a España otro héroe anónimo; a mí me privó de una familia.

A mi madre no llegué a conocerla, pues Dios se la llevó cuando me trajo al mundo. Los primeros años de mi infancia los pasé en la torre militar del campo de la Bota, cuidado a medias por mi padre y por las mujeres de los restantes oficiales. Fue una época feliz. Corría por los descampados, me encaramaba a los caballos y subía a los torreones a acompañar a los soldados en sus guardias. Supongo que todos me tenían por una especie de mascota ruidosa, traviesa y a veces hasta impertinente, como suelen serlo los chiquillos desbordantes de energía.

La situación cambió cuando en Marruecos se complicaron las cosas. El señor Bellver me ha dejado algunas revistas y libros, y ahora sé algo más de aquellos sucesos, de los que entonces oí discutir a los soldados sin prestarles demasiada atención. En 1909, cuando los rifeños empezaron a atacar a nuestros trabajadores en el ferrocarril de Ben-ibu Ifru y el gobierno llamó a los reservistas, yo tenía doce años y empezaba a pensar en seguir a mi padre e incorporarme al ejército algún día. Comprendo que lo pensaba porque toda mi vida la había pasado en cuarteles y no conocía nada más, no porque sintiera verdadera vocación; por aquel tiempo aún estaba más preocupado por los juegos que por las noticias de la guerra, algo distante y ajeno. Poco caso hice de las discusiones entre los oficiales. Sostenían unos que la guerra era una magnífica oportunidad para ascender, mientras que otros se oponían criticando su locura en una España con necesidades más importantes que conservar su última colonia a costa de sangre. Sólo llegó a inquietarme la expresión preocupada de mi padre al enterarse de que el ejército español acababa de ser diezmado por los guerrilleros de Abd el-Krim en el barranco del Lobo.

Pero por mucho que la mantuviera alejada de mí mente, la guerra sí me afectaba. Tras el desastre, el gobierno decidió enviar refuerzos a África, y mi padre fue de los primeros en partir. Sin madre, no tenía a nadie que pudiera ocuparse de mí; así pues, solicitó mi ingreso en el internado para hijos de oficiales de la calle de Ataúlfo. Aquella era una institución lúgubre, que por suerte ha dejado de existir recientemente, ocupando el inmueble la más moderna escuela Montessori.

No creo que hubiera mala intención en quienes dirigían el centro; pero difícilmente podían mejorar algo que, de partida, ya presentaba colores tan negativos. Aunque el edificio era grande, con gruesos muros de piedra renegrada por los quemadores de gas, su amplitud parecía asfixiarse en la calle estrecha y oscura, llena de pequeñas bodegas y tiendas de ultramarinos, donde el colegio se encontraba empotrado. De todos modos, no fueron simples motivos arquitectónicos los que de inmediato me hicieron aborrecerlo. Aquél era un lugar para niños tristes -yo mismo debí de ser un niño triste-, donde los más afortunados tenían a sus familias lejos y sólo las veían un par de veces al año, mientras que otros, siendo huérfanos, ni siquiera podían disfrutar de esa pequeña compensación. Además, yo me había criado al aire libre, corriendo por los patios de los cuarteles, con el continuo ruido de la instrucción, de los animales, curioseando las charlas de las mujeres en el lavadero o husmeando en las cocinas en busca de alguna golosina. En el internado, en cambio, pasaba el día encerrado entre cuatro paredes; del dormitorio a la clase, de la clase al comedor y del comedor nuevamente a clase, para acabar otra vez en el dormitorio, y vuelta a empezar. Sólo salíamos los domingos de mañana para asistir a misa en San Justo y, por la cercanía de la iglesia, el paseo era forzosamente breve.

El internado se regía de un modo militar. Nada podía hacerse por iniciativa propia, para todo debías pedir permiso, y cualquier infracción de las ordenanzas concluía en un castigo físico que el propio director impartía con una vara de avellano. Se llamaba Velázquez -nunca supe su nombre de pila- y era un capitán, entrado en años, al que una bala en la rodilla había condenado a la cojera y al alejamiento del servicio activo. Supongo que ahí estaba el origen de su malhumor, pues nunca le vi un gesto de afecto hacia nosotros y siempre nos hablaba como si fuéramos los responsables del fin de su carrera.

La opresión a mi alrededor, la falta de cariño y de libertad, eran difíciles de soportar, pero lo conseguía con el convencimiento de que era una situación transitoria. Si vivir en el internado resultaba duro, al menos cualquier día llegaría la paz, y mi padre volvería para recogerme. Todo mi desinterés por la guerra se trocó en un afán por recoger noticias de lo que estaba sucediendo en África. En el internado, apenas recibíamos nuevas del exterior, y sólo cuando me tocaba

ayudar en cocina podía enterarme de algo recogiendo de la basura el periódico que arrojaba el capitán.

De este modo supe de la recuperación de la península de Tres Forcas y de los duros combates por tomar el monte Gurugú. En octubre de aquel 1909, los alrededores de Melilla, Nador, Tauima y la costa de Mar Chica volvían a estar bajo control español. Era cuestión de días, pues, que los rifeños aceptaran una paz pactada. Creí consumirme de impaciencia. El encierro terminaba; mi padre vendría y me llevaría consigo... Por eso, cuando una mañana, a la hora del desayuno, se me acercó un profesor para ordenarme acudir al despacho del capitán Velázquez, no dudé en dejar el tazón de leche y la rebanada de pan a medio comer y salí rápidamente del refectorio. Seguramente ya estaba ahí.

Tras recibir autorización para pasar al interior del despacho y abrir la puerta, la desilusión fue enorme. La habitación estaba vacía, salvo por el viejo y cejijunto militar sentado tras su mesa.

-Acérquese, señor Giner.

Obedecí y me situé delante de él, bien firme. El capitán levantó la mirada del papel que estaba leyendo y, por primera vez, sus ojos no me parecieron tallados en hielo y acero, sino sorprendentemente húmedos, con una indecisión que jamás le había observado.

-Señor Giner, tengo una penosa noticia que comunicarle...

No necesité acabar de oírle para comprender por el tono de su voz el contenido de la noticia: mi padre había muerto. Su último ataque al monte Gurugú había sido fatal. El capitán Velázquez dijo que mi padre era un valiente, un ejemplo como soldado, y que debía estar orgulloso de él. Pero el orgullo no me servía para llenar el espantoso vacío que experimentaba dentro de mí, para aliviar el dolor. Desde mi entrada en el internado, más de una vez había sentido ganas de llorar y siempre me contuve con la absurda idea de que era indigno del hombre que empezaba a ser. Pero entonces no quise contener mis sentimientos. Lloré, lloré allí de pie ante el capitán Velázquez, que no censuró mi comportamiento, y lloré el resto del día, tumbado en mi cama, hasta caer dormido de puro agotamiento.